

Aprendiendo del camaleón

Cristina Simó i Espinosa

Investigadora y guía interpretadora

momieta@gmail.com

Seguramente la mayoría de los pequeños museos locales del sur de Europa está pasando por uno de los peores momentos de su historia. Muchos cierran sus puertas sin remedio; para los que aún sobreviven se trata de renovarse, sin que esto sea garantía de no morir. Este artículo quiere exponer un proyecto surgido en este contexto de nula voluntad política, además de la crisis, en que hemos considerado que existe un público que también puede contribuir con su aportación económica. Naturalmente, ningún programa de actividades, por sí solo, salvará ningún museo. Pero además, para que el público colabore, primero tiene que reconocer y querer a los museos. Veámoslo como una oportunidad.

Trabajo en un pequeño museo etnográfico en un alto valle del Pirineo catalán. Está especializado en un territorio. Lo trata desde todas las disciplinas que puede abarcar, sin límite de cronología.

Durante 15 años su principal foco de actividad ha sido la investigación y su retorno a la gente del valle, junto con un cierto enfoque turístico con la intención de crear puentes entre público visitante y residente. Mientras hubo recursos para investigar, al encontrarnos en un lugar donde casi todo estaba por hacer, cada vez nos centramos más en ello. Abrimos nuevas líneas constantemente. Paralelamente, se estableció el tipo de relación con el público visitante, basada especialmente en las visitas guiadas. Estas se fueron ampliando y renovando, pero en realidad sin ningún nuevo enfoque. La investigación centraba nuestros esfuerzos. Hay que decir que su financiamiento, junto con algún otro recurso variopinto y a veces sorprendente, permitía en gran parte la supervivencia. Sin lujos, justo para seguir funcionando... e investigando. Sin embargo, el dinero que entraba de las visitas nunca cubría los gastos que estas generaban.

A partir del año 2010 la financiación para investigación fue esfumándose hasta desaparecer del todo. El museo se ha tenido que plantear un cambio de rumbo y ha pensado de forma distinta en el público visitante. El valle ha vivido un cambio en el sector turístico. La gente que había comprado un apartamento pasaba pocos días al año aquí,

prefiriendo otros destinos más exóticos. Ahora -a menudo- no se los puede permitir y vuelve al apartamento que no ha podido ni vender ni alquilar. Mientras, sigue existiendo un sector de público de paso, cambiante. Pensamos que teníamos que volver a captar el público de segunda residencia que ya no venía a visitarnos pensando que ya había “hecho todo” lo del museo, con el añadido de que lo que se creara para este público, tenía que servir también para otros sectores.

Con esta visión hemos pensado el siguiente programa, si se puede llamar así... Tenemos en qué basarnos, puesto que existe un volumen considerable de investigación aún no socializada. La idea es que cada día, en la antigua era de trillar de la casa donde está la sede, a esa hora de nadie de antes de la cena, hubiese una actividad corta, dinámica, a un euro. Esta actividad en realidad está pensada para picar el gusanillo y cuando la gente está enganchada, se acaba. ¡Han pasado los 20 minutos! Pero no vamos a dejar la curiosidad por satisfacer. Si alguien quiere saber más, al día siguiente hay una actividad relacionada, más larga. Es algo más cara, claro, pero no más que las visitas que hemos ofrecido hasta ahora (y que en parte seguiremos manteniendo). El precio estará entre los 3 y los 5 euros (en el caso de actividades nocturnas).

¿Qué esperamos conseguir? Queremos que la gente tenga el hábito de venir a finales de la tarde a la era, a ver qué se cuece ese día allí. Pensamos que es ese hábito el que va a fidelizar al público, a condición de pasarlo bien. Un hábito a un euro es fácil de adquirir. Nada de anunciar visitas al románico, o viajes al pasado del valle, no, no... un poco de movimiento y de acicate es lo que hace falta.

Va un ejemplo, para que se entienda. Hay una actividad corta que se llama *Estris estranys* (utensilios extraños). La conductora de la actividad dispone encima de una mesa unos cuantos objetos que ha sacado del almacén del museo. Son objetos poco conocidos y alguno incluso ni siquiera sabemos para qué servía. Se trata de que la gente los coja e intente imaginar para qué los utilizaría, no adivinar lo que era. La finalidad, aparte de picar la curiosidad y el

ingenio, es hacer ver cómo en realidad cada invento acostumbra a ser una suma de inventos anteriores y que las ideas pueden tomar derroteros imprevistos. En resumen, si tenemos teléfonos móviles quizás es porque un día alguien puso un cordel de bote a bote, a saber con qué finalidad.

Pero sobre todo queremos que a la gente le entre hambre de ver más utensilios extraños y que sepan que las tripas del museo, su almacén, cual cueva de Alí-Babá, está lleno de ellos. Al día siguiente pueden participar en una actividad de hora y media que se hace allí.

Esta actividad, que provisionalmente se llama *Banyaflauta* (cuernoflauta), tiene como frase-tema “Definimos patrimonio en función de la necesidad que tenemos de él”. Empieza con un discursito, con la ayuda de un aparato extraño, sobre la definición de patrimonio y sobre los objetivos del almacén. Luego se realiza un paseo por las colecciones y se permite mirar, tocar (casi todo), preguntar, especular... Para darle ambiente a la actividad, las salas están poco iluminadas y la gente va con linternas para poder ver bien todos los rincones. Hay algunas (supuestas) incoherencias como por ejemplo ¿Qué pinta una olla a presión *megamoderna* en medio de los viejos pucheros tiznados? ¿O un ratón de ordenador pillado en una ratonera vieja, con el cable colgando tristemente? ¿Alguien hará la pregunta o pasará como en el cuento del vestido del emperador?

Otro ejemplo de pareja de actividades. En este caso la corta se llama *Edificio trencacloques* (edificio rompecabezas). Se trata simplemente de hacer que la gente mire los dos muros de la casa que linda con la era. Al cabo de un momento se empieza a ver que hay una puerta tapiada que no tiene sentido aparente, y una ventana entre dos pisos y... mmm, qué cosas más raras. ¿Cómo podía haber sido la casa antes? ¿Por qué y cómo cambió? Pues la verdad es que no lo sabemos, pero nos podemos inventar una historia ¿no? Enseguida habrán pasado los 20 minutos. Si alguien se ha inoculado un poco del virus de intentar entender los muros de los edificios viejos, fuente infinita de sorpresas, al día siguiente puede asistir a la actividad larga *Desperta, Holmes!* (¡Despierta, Holmes!). Se lleva a cabo en una iglesia y su frase-tema es “En los muros de esta iglesia se pueden leer las noticias de los últimos 900 años”. La gente se organiza en pequeños grupos y se les da un dibujo con el plano original de la iglesia. Nada que ver con la actual, realmente... Los cambios, las incoherencias que localicen son noticias que han quedado escritas. Las que encuentren valen, cualquiera, pero tendrán que escoger dos por equipo, para que no se nos haga de noche. Luego se leen: las vigas quemadas del incendio

del siglo XX, el escudo nobiliario del XVI que se impuso al perder el valle la independencia, los pilares desaparecidos del XII, etc. Una pregunta lleva a otra y así se irá devanando la historia de la iglesia según la curiosidad del público y no con un guión impuesto. No importa si no se explica todo. En los periódicos tampoco lo leemos todo, y ¡cuántas veces se empieza por la última página!

Hay varias parejas más de actividades: sobre la comida diaria, sobre las creencias, etc. Hay también actividades sin pareja, como la estrella del verano pasado, convenientemente remodelada. Se trata de *La Pastorada*, con la frase-tema “Entender este rebaño de cabras (re)concilia mundo urbano y mundo rural”. Se trata de juntar cabras y turistas, pastor y guía, y salir a apacentar un rato, pasando después por la quesería. Otra actividad consiste en ir de noche, con un vinillo y algo de picoteo, a leer relatos entre las ruinas de un antiguo monasterio benedictino (o sea: no hay electricidad, por ejemplo...) al que hay que llegar andando.

Todos estos inventos se tenían que probar de alguna manera. Hasta que no se hace, no se sabe. Pensé que podía convocar a gente que estuviera dispuesta a prestarse al experimento. Envié correos electrónicos a personas del valle que no estuvieran directamente relacionadas con el mundillo del museo. A la primera convocatoria me encontré con nueve valientes. Se han atrevido a repetir en tres ocasiones y han añadido a más personas, algunas de ellas del sector hotelero. Se divirtieron, se sorprendieron (¡Quién lo diría, con lo aburridos que son los museos!) y ahora tenemos convocada una reunión con el sector hostelero. Al haber probado las actividades en “carne propia”, estas personas están siendo nuestras mejores representantes en un diálogo con la hostelería que hasta ahora había estado copado por los deportes de aventura y el esquí. Fue un efecto inesperado y espontáneo del equipo de experimento.

Espero que este equipo siga, pues algunas actividades aún están por estrenar y en realidad no sé si son buenas o no.

Luego vendrá el saber hacer un buen máquetin con una buena difusión, cuestiones en las que nos hace falta aprender demasiado. Luego llegará el verano y se verá de verdad si todo esto es buena idea o no.